

LA NIÑA SIN MIEDO



La primera vez que vi que me observaba y la saludé, me sonrió alegremente. Ayesha tiene seis años, ojos negros, melena azabache y un diente de menos por el que su madre la ha premiado con una libra. Vive a dos casas de la mía. Nuestra cocina da a un pasillo comunitario por el que se accede a la calle. Desde allí se la ve estirando el cuello por la ventana para averiguar quiénes estamos en casa. Un día me encontró apunto de hacer tortilla para todos. Para ayudarme, pidió permiso a su Nanni, una anciana encargada de la tutela de la niña y de sus cuatro hermanos en ausencia del padre.

Su madre cuida de todos, pero sin potestad. El enclave bengalí está tan enraizado y extendido aquí que es como si hubieran importado cientos de barrios en bloque desde el subcontinente indio.

Metidas en harina, la cocina es un hervidero de actividad. Las mujeres del vecindario, con sus punjabis de brillantes colores, pasan y se asoman, sin un veredicto claro de lo que ven. Ayesha está concentrada cascando, vaciando y batiendo huevos subida en una silla de plástico y aluminio. Le doy la espalda un momento y entonces oigo el golpetazo. La niña ha resbalado y se caído, enredada en la silla. No dice nada, sólo está seria. La aúpo enseguida. Quiere seguir, ahora parece concentrarse aún más, y yo creo que es bueno que se empeñe en cascar otro huevo aunque le tiemblen un poco las manos. Si volviera a ser niña me gustaría ser como ella.

De la cocina salieron media docena de tortillas de patata riquísimas ("a granel", que es como mejor me salen las comidas) y algunas fotos que

sirvieron de excusa para que la niña volviera a visitarnos la semana siguiente. En su favorita, aparece abrazando a su hermano, un niño muy pequeño y muy travieso que coló en casa sin darnos demasiadas explicaciones. Le pintamos coronas, pendientes, collares y muchas mariposas, docenas. Mientras juega con el lápiz digital se hace un silencio y entonces menciona que ha oído en las noticias que dos niños han muerto abrasados en un incendio. El silencio vuelve porque Ayesha es de una sensibilidad conmovedora a la que sólo puedo responder callada.

Ahora que lo pienso, quizá le falte más de un diente. Hace semanas que no se la ve, ni asomada por la ventana, ni jugando en el pasillo comunitario. Es difícil calcular cómo de frágil era el hilo del que podía tirar desde este lado, desde mi cultura. Por eso me mantengo a distancia, sin preguntar demasiado. Guardo la esperanza de poder ser testigo del desarrollo de un espíritu tan valiente, pero que crece a dos aguas, entre el enclave de la tradición y el abismo de la libertad.

